

"LA MEMORIA DE LOS GIRASOLES"

Me llamo Mario y tengo nueve años. Vivo en una casa amarilla con mi mamá, mi papá y mi abuelita Rosa. Ella es la persona más cariñosa del mundo, hace las mejores galletas de canela, canta canciones y me llama mi lucerito de mañana.

Pero últimamente, algo extraño está pasando con ella.

Una tarde, mientras preparábamos galletas, la abuela se detuvo con la cuchara en el aire y me miró confundida.

— ¿Dónde está la harina Mario? Me preguntó.

Yo señale el tarro blanco de siempre, al lado del azúcar.

Ella lo miró como si lo viera por primera vez.

No dije nada, pero sentí un pequeño nudo en el estómago.

Los olvidos pequeños

Con los días, la abuela empezó a olvidar más cosas. A veces no recordaba dónde dejaba sus

gagas o llamaba a mamá por el nombre de mi
tía Marta, que vive en otra ciudad.

Una noche me desperté y la encontré sentada en el
pasillo, con la bata puesta.

Abuelita, ¿qué haces? - le pregunté.

Estoy esperando a que mi papá me lleve al colegio
dijo sonriendo.

Yo me quedé callado. Mi bisabuelo había muerto hacía
muchos años.

Mamá llegó enseguida, la abrazó y la llevó a su cama.

Esa noche la escuché llorar bajito en la cocina.



Los girasoles del jardín

Un día, la abuela me pidió que le acompañara al jardín.

Mario ¿te conte porque me gustan los girasoles? - me dijo.

No, abuelita - respondí.

Porque aunque el sol se mueva, ellos siempre lo buscan. Nunca lo pierden de vista.

Plantamos juntos unas semillas en una maceta vieja.

Cada mañana, aunque ella olvidara muchas cosas, nunca olvidaba salir al jardín a ver cómo crecían.

A veces me decía:

Mira, lucerito, el sol nos hace felices, como tú a mí.

Los días difíciles

Con el tiempo, la abuela comenzó a confundirse más. Un día no me reconoció.

-Hola, niño - me dijo, sonriendo.

Yo sentí que se me apretaba el corazón, pero recordé lo que mamá me había dicho: "No te pongas triste." En su corazón, ella siempre te reconoce, aunque su cabeza no la recuerde.

Así que le respondí:

Hola Abuelita Rosa. Soy Mario, tu lucerito de mañana.

La palabra nueva

Unos días después, mamá me explicó:

La abuela tiene algo llamado Alzheimer. Es una enfermedad que hace que las personas se olviden de las cosas, incluso de lo que acababan de hacer o de quienes somos ahveres.

¿Se va a curar? - pregunté.

Mamá bajo la mirada.

No, mi niño. Pero podemos ayudarla a sentirse querida y segura. Eso también la cura por dentro.

Desde entonces, todos en casa empezamos a cambiar un poquito.

Mamá pegó carteles por las paredes cocina, baño, comedor, habitación de Rosa.

En la nevera pusimos fotos con los nombres (Mauricio (nieto) Mamá (hija) y papá (yerno)).

La abuela los miraba cada mañana y sonreía.



Ella me miró un ratolargo y luego me abrazó fuerte.

La memoria del corazón

Los girasoles crecieron altos, dorados y hermosos. Un día, mientras los regábamos, la abuela me dijo:

¿Sabes, Mario? A veces las cosas se escapan de mi cabeza, como mariposas.

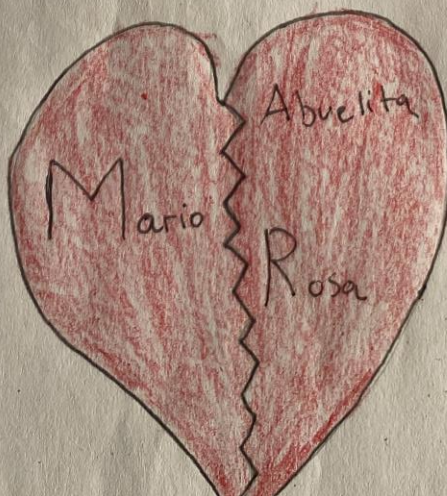
Pero tú... tú siempre regresas.

Y me dio un beso en la frente.

Desde entonces, cuando la abuela olvida algo, yo no me enojo.

Le cuento las historias una y otra vez: cómo preparamos galletas, cómo me enseñó a cantar, cómo bailamos bajo la lluvia.

Porque entender que la memoria más fuerte no vive en la mente, sino en el corazón.



Hoy los girasoles siguen en el jardín.

Algunos se han marchitado, pero otros nuevos nacen cada primavera.

Cada vez que los miro, recuerdo las palabras de mi abuela:

"Mientras busques la luz, nunca estarás perdida."

Y yo sonrío, porque aunque a veces ella olvida mi nombre
yo nunca olvidaré el suyo.

